

Balada a tres cañones II

H. A. RIQUELME

UN
HOMBRE
SIN NOMBRE

Una novela de **TRES BALAS** en la **PAMPA**

Hugo Riquelme Becerra



AUREA
EDICIONES

© Un Hombre sin Nombre.
Colección: Balada a tres cañones
Primera edición: Abril 2019

Hugo Riquelme Becerra

Edición: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Felipe Montecinos
Ilustraciones Interiores: Juan Manuel Almirón
Corrección de textos y estilo: Rodrigo Muñoz Cazaux
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
Errazuriz 1178 of # 75, Valparaíso, Chile
www.aureaediciones.cl
ISBN: 978-956-6021-10-0
Registro de Propiedad Intelectual N°: A-301420

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

*“¿Qué sabes de cordillera
si tú naciste tan lejos?”*

Patricio Manns

Índice

La puerta apuñalada	9
Érase una vez en Antofagasta	19
La reina del salitre	31
Cosechando rencor	50
La larga milla	57
Pampa sonriente	69
Un hombre sin nombre	89
Los malos vecinos	103
La condenada suerte	116
Al 12avo campanazo	129
Antes de la tormenta	141
El pasado siempre te encuentra	153
La Rubia tiene un secreto	161
“Arriba en la cordillera”	182



Capítulo 1

La puerta apuñalada

De Colbún hacia la cordillera, abril de 1903

La áspera crencha del cerro azulaba con viento el fresco de aquella mañana. El dorado de la escarpa contrastaba a esa hora con la umbría lejana, pero el hombre de cordillera mantenía la vista fija en los repechos amontonados hacia el horizonte. Se perdía en los recuerdos lejanos de aquellos días; en su vida imaginó hacerse llamar hombre de cordillera, en eso se había convertido. Antes solo supo de llanuras inertes, de terrenos muertos por la sal, de labios resquebrajados por el sol.

“Nunca más”, pensó rumiando un trozo de charqui de burro que contenía toda la sal del océano que había aprendido a no extrañar.

El viento de altura perfilaba la silueta de Misti Yant'aña enfrentado al duro paisaje cordillerano. A su espalda, a algunos metros de distancia descansaba su pingo, amarrado a un coralillo de frágil sostén. A Yant'aña le gustaba ese viento silbante lleno de trinos, ladridos, aguas y uno que otro chillido lejano, nada que ver con el hostil mutismo del desierto, que no era más que un espejismo en sus recuerdos.

Entre las manos sostenía una corneta de caza a la que los años le habían regalado pátinas y abolladuras. Le gustaba pasar los dedos por su superficie, reconociendo irregularidades, procurando mantenerla al alcance en todo momento, aunque no fuese necesario soplarla todavía.

Un tacho de loza crepitaba sobre un desanimado pero persistente fuego, esperando la temperatura necesaria para hervir las hojas de té, que flotando dibujaban mensajes que algún oráculo pudiese interpretar. Pocas cosas le daban tanta paz como el primer sorbo de una taza de té recién hervida.

“Allá van los perros”, se dijo al momento en que levantaba el ala de su sombrero, para hacer vista a una quebrada lejana por la que bajaba un riachuelo. Entre los matorrales asomaban intermitentes unos gusanos grises que se alejaban en dirección a la quebrada. Eran más rápidos que cualquier viento esparramado en un páramo y se llevaban con ellos los alegres rumores del rastreo.

Tomó un puñado de tierra y frunció el ceño, era extraño que el suelo estuviera tan seco a pesar de que la mañana se sentía tan fresca, motivo por el cual los perros no habían levantado rastro todavía. Observó unas burbujas

subir desde el fondo de la taza, azuzó el fuego y comenzó a saborear bajo el bigote el beso del té, que todavía no se echaba al guargüero.

Un aullido largo lo hizo soltar la cuchara de palo con la que removía las hojas para que empezaran a liberar color. Otro, mucho más estrangulado, llegó con la brisa. Varios más se sucedieron; agudos, roncós, estirados, cortos; sin cesar, diferentes a los que el viento auroral le había llevado primero, mucho más tímidos. Los nuevos aullidos eran vigorosos, triunfantes; provenían de sabuesos felices y extasiados por haber venteado su premio.

—Cortaron el rastro —pensó con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro—. Tiene que haber sido la Colcha —agregó con seguridad inmutable.

En ocasiones anteriores, esta parte de la zorreada le causaba ansiedad, hasta un poco de inquietud. Se levantaba y comenzaba a caminar tratando de hacer vista, temiendo perderse el gran premio. Con el tiempo aprendió que después de la efervescencia inicial, los aullidos se diluían en dirección a cualquier quebrada faldeando alguno de los cerros. La caza no estaba ni cerca de terminar.

El té ya estaba listo, masticó el poco charqui que le quedaba, sacando una hoja de tabaco debajo del manto, liándose un cigarrillo que encendió con el mismo fuego que había hervido su bebida. Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en una roca que lo cobijó de la insistente brisa y perdió la mirada en las nubes grises que quedaban encajonadas en lo alto de los cerros alledaños.

El fulgor dorado de la mañana se atrevió al fin a tocarlo incendiando las nubes opacas que seguían detenidas

frente a él, esperando que el viento las llevase a recorrer otros pastos. La mañana había llegado.

Le gustaba la vida de campo.

Un madroño cercano comenzó a sacudirse poniendo en alerta a Yant'aña, quien estiró la mano hasta alcanzar una escopeta gruesa. Había perdido la costumbre del arma en la mano, aunque su peso no le incomodaba, sentía duro el gatillo. Tragó saliva espesa, agitando la manzana de adán escondida debajo de la barba. Movi6 con lentitud el cañ6n hasta apuntar hacia el arbusto, que en intermitencia movía una que otra rama, emitiendo un ruido quebradizo que parecía acercarse. Sintió ganas de echarle una pregunta al viento para descubrir a quien lo estuviese acechando, pero la quijada tiesa no le permiti6 a articular sonido alguno.

El chirrido de una loica le regal6 alivio, los colores le volvieron al rostro cuando emprendi6 vuelo sacudiendo las hojas de un boldo cercano. En silencio maldijo al ave que revolote6 de un 6rbol al otro, espantando unos tor-dos que pintaron pecas en la claridad luminosa del cielo. Las nubes ya habían emigrado.

Baj6 la escopeta, pero la mantuvo cerca. Las quebradas todavía eran recorridas por pumas, que, aunque rara vez atacaban personas, no dejaban de ser los respetables leones de la cordillera.

Los alaridos lejanos de la jauría se apagaban de vez en cuando, dándole tiempo a Yant'aña para terminar su desayuno.

A su derecha, el canto corto y agudo de un pequ6n moteado lo hizo ponerse de pie con la mirada fija en un claro entre los 6rboles y el peñascal en el que se encontra-

ba. Por ahí pasó un culpeo con la cola partida, sus patas eran casi invisibles en la carrera rumbo a un barranco que le garantizaba la vida.

Una pelota gris rodó contra el zorro y lo tumbó antes de la interrupción en la falda del cerro. La Colcha, la más novata de los perros zorreros de Yant'aña había clavado los colmillos en el guargüero del animal. La alcanzaban sus compañeros caninos que daban ladridos cortos y desesperados, como si la alabasen por haber cortado el rastro del zorro, que a esa altura yacía más muerto que vivo en el hocico de la orgullosa perra.

No siempre se podía ver el momento en que la jauría alcanzaba al zorro. Ésta vez le había tocado a Misti presenciarlo. Le alegró el hecho de que pasase recién al despuntar la mañana, le daba tiempo para que los perros pillasen el rastro de otros culpeos, o tal vez alguna chilla despistada que anduviese merodeando en las quebradas, escarbando entre los madroños o emboscando a alguna loica desprevenida.

* * *

A través de rojos tajos arcillosos descendió Misti Yant'aña, con su pingo a paso firme, desfilando entre ripios y arbustos. Atrás dejó los abismos azules que separan los cerros amontonados y el viento de cumbre se entibiaba en una brisa amable que perfilaba el rostro satisfecho del cazador. El halda de su poncho bailaba en compás con las crines de su caballo, que bufaba con cada espueleo que le clavaba en las costillas cuando ralentizaba el paso o desviaba el rumbo que el jinete llevaba entre los senderos que se dibujaban y desdibujaban según soplaban el viento.

No tardó en ver el verde de la pelusa del rebrote que teñía el valle.

Un grupo de hualles de gajos grises le indicó donde girar para encaminarse al rinconcito de montaña que había convertido en su hogar. Agradecía longánimo la época en que las esferas carnosas de digüeños dejaban ver los apotecios anaranjados que, desde lejos, facilitaban encontrar el camino a casa, ya que a pesar de los años no había terminado de acostumbrarse al rastreo.

De alguna manera extraña, se le hacía más simple escudriñar en la monotonía del desierto que en la sobreestimulación de señales de la zona central.

Encontró el senderillo tendido en el suelo y enderezó el caballo. Como un riachuelo que cortaba el valle, la huella se abría paso entre boldos de follaje frondoso y un par de cerros que se alejaban al tiempo que el jinete avanzaba por el camino. Entonces, encajada a una colina, orillando un viñedo maltratado; apareció una vieja casa maulina, de esas que tienen amplios corredores, con greda del estero en el adobe de los muros y tejas requemadas coronando la techumbre. Los perros de la jauría adelantaron al jamelgo y arremetieron hacia la casa sacudiendo las colas, aullando con una disimulada sonrisa canina en los labios negros. El cazador enfiló hacia la entrada del terreno, rodeó una cerca de madera sin labrar, húmeda y mohosa, que a duras penas se sostenía delimitando la tierra.

Apeó del caballo con soltura, ató las riendas a la cerca por costumbre, levantó el rollizo más largo y arrastró hacia adentro la improvisada puerta sin bisagras, que poseía un ingenioso mecanismo de madera que le permitía abrir y cerrar sin crujir. Dio un silbido que hizo desfilar

a los perros hacia los caniles, que se encontraban al extremo norte del terreno. Le puso un seguro de fierro a la puerta de madera al encerrarlos y sacudiéndose las manos levantó la vista. Cerca del portón de ingreso estaba el Diablo. Un perro mestizo, lanudo y de mal carácter que se la pasaba gruñendo todo el día, pero que descendía de una larga estirpe de perros cazadores de zorros y pumas, por lo que resultaba efectivo en las agrestes quebradas cordilleranas. Con dos gritos Misti Yant'aña captó la atención del rechoncho can de pelaje negro.

Las patas largas y gruesas del Diablo se apreciaban chuecas desde la perspectiva del amo, dándole una divertida actitud. Aun así, el podenco mantenía la terca idea de estarse tieso mirando un rincón del viñedo; gruñendo, con el pelo erizado del lomo y las orejas bajas.

Chifló por tercera vez y fue ignorado, refunfuñó y caminó de mala gana hacia el animal, lo tomó desde el pellejo que le sobraba en lomo y lo levantó lo más que pudo para arrastrarlo al canil, donde luego de una despatarrada lucha logró encerrarlo. Los seis perros quedaron ladrando, como acostumbraban hacer después de una zorreada. Por fin Misti pudo cruzar el camino y dirigirse hacia el caballo.

Las botas de cuero negro se enlodaban al embutirse en la tierra húmeda que quedaba entre cada manchón de pasto. No había un camino trazado entre el canil, la casa ni la caballeriza ubicada al otro extremo de la parcela, ni una huella que dirigiese hacia los viejos y cansados viñedos, o al taller de talabartería que se levantaba al costado poniente de la casa, protegido por una precaria terraza.

El hombre alcanzó al bruto y lo guió de las riendas sin

montarlo. El animal no refunfuñó, al contrario, comenzó a seguirlo a paso firme hacia los establos. Cualquiera que los hubiese visto podría haber supuesto que el equino conocía de memoria el camino y la rutina que suponía recorrerlo.

Con paciencia, desensilló y acomodó la montura en una viga. Algunos rayos de sol se colaron entre las tablas separadas de las paredes, haciendo visibles las motas de polvo que se levantaron al contacto con el pesado artefacto de cuero. El olor a estiércol fresco se mezcló con el aroma a polvo seco en el aire y entró por las fosas nasales del hombre, haciéndolo estornudar y retroceder de improviso y meter un pie en el bebedero, lo que le provocó una mezcla de risa y rabia. Sacudió el agua de la bota, hecha a mano por su esposa, tomó los zorros amarrados a la silla y decidió que ya era hora de volver a casa, encender la salamandra y comenzar a desollarlos.

Apuró el paso hacia el taller de su mujer, quitó las amarras de las patas de los raposos y los ubicó sin cuidado sobre la mesa de trabajo. Dio un paso atrás y recorrió con la vista las paredes del lugar buscando algo que no encontró. Mordió sus labios al recordar que su cuchillo favorito estaba dentro de la casa, junto con las demás herramientas para su faena.

Frotándose las manos, caminó con entusiasmo rumbo a la entrada. Remover la piel de los animales que cazaba le producía una suerte de urgencia; demostrarse a sí mismo las habilidades adquiridas hacía poco calmaba la ansiedad que el vacío del revolver en las manos le había

dejado. Pensaba en esto último cuando pasó por un tocón de madera que tenía clavada un hacha en medio, junto al tocón había un lote de leña amontonado. Iba a la mitad del pasillo cuando un recuerdo cruzó su cabeza: no había cortado leña ese día. Había decidido hacerlo una vez regresara de la cacería.

Detuvo su andar con la vista fija en el suelo, intentando sacudir las neuronas en búsqueda de alguna actividad que hubiese pasado por alto, pero no logró llegar a conclusión alguna. Por el rabillo del ojo captó una oscilación casi etérea que serpenteó hacia cielo abierto. La salamandra estaba encendida y a juzgar por el color del humo, desde hacía un buen rato.

¿Había regresado su esposa temprano?

El rostro de Misti Yant'aña perdió los colores y apretó sus rasgos. Los labios rectos y la respiración contenida lo llevaron a dar el primer paso. Cada músculo de su cuerpo se había tensado, conduciéndolo hacia la puerta de entrada, que no era más que una tabla lisa, con un pigmento gris que comenzaba a descascararse. En medio del panel, justo debajo de una aldaba oxidada, un puñal sostenía un papel clavado.

El viento sopló dirección este y sacudió el follaje de los lingues regalando una canción susurrada al olvido.

Le tiritó el mentón, rechinó los molares. Sus mejillas se hundieron marcando los pómulos angulados que sobresalían bajo las cansadas cuencas oculares. El sudor manó profuso de sus sienes, era frío, oloroso y liviano, a pesar de precipitarse pesado al suelo. Sus ojos color aceituna

estaban clavados en medio del trozo de papel. Era evidente que tenía unos garabatos trazados en el reverso, ya que el descanso de la pluma que lo escribió podía verse debido a los excesos de tinta acumulados en cada uno de ellos. No los escribió una mano habilidosa, el trazado era lerdo, demasiado reconocible.

La mano tembló mientras la acercaba al papel, y no se calmó cuando posó la punta de los sucios dedos sobre la fibra y la recorrió con falsa calma antes de arrancarlo de golpe de entre la puerta y el puñal.

La puerta se abrió rechinando y sus ojos saltaron desde la hoja hasta el interior de su hogar, en donde, al fondo de la sala, junto al fuego de la salamandra, sentado en su sillón de piel, encontró al comandante Araya fumando una pipa de reluciente caoba, los ojos de halcón se clavaron fijos sobre el rostro del hombre de familia, que comenzaba a deshacerse en un batiburrillo de sorpresa, angustia y miedo.

—¿Creíste que había olvidado nuestro trato?

Yant'aña llevó con lentitud la mano hacia el cinto, buscando por instinto martillar un revólver que ya no estaba ahí. Jadeó y deglutió sin quitar la mirada del invasor.

—Si... lo creíste.

Los delgados labios del soldado dejaron escapar una bocanada de humo y dibujaron una burlona sonrisa bajo el mostacho.

Capítulo 2

Érase una vez en Antofagasta

Antofagasta, 1898

Los cascos enfurecidos de los caballos golpearon con vehemencia el suelo, levantando una polvareda que delataba la ruta que recorrían los jinetes. Venían desde el sur y su rastro se perdía con el viento hacia el este. Un murmullo subterráneo acompañó el galope hasta la entrada de la avenida, donde rompieron sobre los escasos chañares y llantenes tiernos que improvisaban la demarcación del camino, arrancándolos de raíz, lanzándolos destrozados por el aire salino de la costa que dejaban atrás.

Era un día de calor moderada, pero con el sol pesado sobre las cabezas, quemando, no era de extrañarse que a minutos del medio día pocas personas rondasen las ca-

sas de la zona sur de Antofagasta. Distinto al panorama de las tardes, donde se aglomeraban peones y gañanes buscando ocupar algún trabajo eventual. Todos huyeron aterrados al escuchar los relinchos y los truenos que se aproximaban sin titubear.

Dos hombres flacos saltaron para apartarse del camino, un tercero no alcanzó a hacerlo y los cascos molieron sus piernas, dejándolo atrás, abandonándolo en la indiferencia mezclada con sangre y tierra que de seguro iba a costarle la salud, o en el peor de los casos, la vida.

El grupo de jinetes se amontonó en las puertas de la casona más respetable al sur de calle Nuevo Mundo, cercana a la esquina de Carabobo, donde un par de ellos desmontó para correr hacia un portón de fierro forjado con la intención de derribarlo. Reventaron la cerradura de un bayonetazo para abrir de par en par las pesadas puertas y entraron a todo galope, destrozando el antejardín, llevándose por delante las macetas de greda que decoraban el sendero hacia el pórtico que anticipaba la puerta principal.

De una patada un soldado reventó la puerta. Los demás jinetes se apresuraron a entrar en la casona, sin decir palabra invadieron cada cuarto. Los tacos de las botas de los uniformados agredieron el piso de madera levantando polvo y caos.

Los sirvientes de la casa no intentaron cortarles el paso, no tuvieron tiempo de reaccionar, se limitaron a mirar como los hombres, que alcanzaban la decena, recorrían los pasillos pateando puertas, moviendo muebles, destruyendo cualquier superficie que pareciese ocultar el botín que buscaban. Al ver que habían roto un jarrón de

loza china, Conchita los encaró a grito limpio, pero de un empujón el soldado que había derribado la puerta la apartó para dirigirse hacia el vestíbulo de la casa, donde estaba el acceso a la escalera que le permitiría continuar la búsqueda en el segundo piso, solo para volver a ser interrumpido por Conchita. Un segundo empujón más fuerte, arrojó a la anciana al piso de forma aparatosa. Sin detenerse a pensar, el soldado levantó su carabina y asestó un culatazo que puso fin a la resistencia de la mujer.

—¡Detente! ¿Qué desfachatez es esta de entrar a mi casa y generar este desastre? —Exclamó una voz femenina. El militar miró hacia el segundo piso.

Apoyada en una barandilla con bellos balaustres tallados en pino Oregón, lo increpaba Josefa Jones, quien vestía un hermoso traje encajado de finas telas rosadas y no había terminado de arreglar su peinado, lo que explicaba la premura con la que se asomó a escuchar el escandaloso desastre desatado en su hogar.

El hombre volvió a ignorar a la mujer y al momento en que otros de sus compañeros le alcanzaban para unirse a la faena, reintentó la escalada, que a viva voz fue frustrada por Josefa.

—¡Que te detengas he dicho! El uniforme que traes no te da autoridad dentro de mi casa. Menos en estas tierras donde su sola presencia no es más que para la vergüenza de su propio pueblo.

Solo entonces el hombre se detuvo. No sin regalarle una mirada inyectada en sangre. Todavía se escuchaban los ruidos de cosas quebradas en los cuartos restantes, incluso de la platería estrellada en el suelo de la cocina. La batahola ya no respondía a una conducta de búsqueda